

V.

LA PLAZA DE GREVE.

En el reinado de Luis XIV, la plaza de Grève de Paris, tenia una singular apariencia: era mas larga, mas angosta, mas irregular y aun mas mal empedrada de lo que lo está hoy, lo que no es poca cosa. A un lado de ella, se elevaba el macizo *Hotel-de-Ville* de Domingo Boccardo, que parecia al lado de los contemporáneos "un coloso en medio de mezquinas cabañas;" al otro, se veian agrupadas una tras de otra, con una irregularidad muy graciosa, las habitaciones del siglo XV, flanqueadas por torrecillas cuadradas, redondas y octógonas, con sus guardapolvos salientes cubiertos de bisarras esculturas y coronadas por techos puntiagudos. Adelante de la plaza y siguiendo la prolongacion del ángulo á derecha del muelle Pelletier, habia una gran cruz de piedra dando frente á nuestra Señora, y cuyo pedestal estaba sumergido en la arena.

Cada año iba el pueblo á quemar un fuego artificial en aquella plaza, para lo cual el mismo prevoste daba la señal. Cada vez que á los señores del parlamento se les antojaba condenar á un inocente ó á un culpable, se levantaba en ella el cadalso y despues de algunas horas la justicia del rey quedaba satisfecha. Allí era donde el pueblo de Paris se regocijaba (¡el buen pueblo!) cuando Dios daba un príncipe á la Francia, ó cuando un rey sabio disminuia las contribuciones, lo que sucedia rara vez.

El dia 16 de Julio de 1676, aquella plaza estaba desde por la mañana agitada bajo todos aspectos. En las calles, en las plazas, en los muelles, se apercibian grupos y reuniones de gente. Los paseantes —y eran en gran número— subian el Sena cual si hubiesen querido costear la Grève hasta el puerto de Foin; marchaban con un aire preocupado, se paraban con una intencion marcada y se hablaban en voz baja. Lo que sorprendia bastante era, que á cada paso se veian nobles mezclados con lugareños, mugeres de calidad, hablando con obreros, estudiantes y lacayos.

Qué gran suceso habia sobrevenido tan repentinamente para hacer una fusion tan pronta?

Qué espectáculo daba la buena ciudad de Paris á sus habitantes para que la alta nobleza se encontrase confundida con los honestos mercaderes del barrio de

Bourdonnais?—Se iba simplemente á decapitar y quemar en la plaza de Grève, á Margarita de Aubray, marquesa de Brinvilliers!...

—La jornada será buena, decía en el medio de un grupo de gentes andrajosas, uno de esos mendigos de la corte de los Milagros, que formaban aun en aquella época bajo el nombre de *cagous*, de *rifodes*, de *malingreux* y *coquillarts*, compañías de bohemios, ó por mejor decir, de estafadores de bolsas, dirigidos por el gran Coërre.

—Bien, respondió con aire de poco satisfecho, otro personaje andrajosó que se fingía epiléptico: bien, así debe de ser, porque desde hace mucho tiempo, no se habia visto tan bella ni tan numerosa compañía en la Grève: pero ese maldito señor de la Reynié nos vigila tan de cerca con sus espías...

—Y sus linternas! interrumpió bruscamente un tercero.

—Sí, y yo os pregunto, replicó aquel que habia hablado el primero, de qué sirven las luces en las calles de Paris? Es preciso que el señor teniente general, sea muy enemigo de las gentes pobres!

—Dí de los hijos desgraciados de Bohemia; esclamo con tono lastimero una vieja mendiga que se apoyaba en una muleta. Este era el buen tiempo en otras veces; éramos muchos mas que ahora y sin embargo, podíamos mendigar cuanto queríamos, podíamos cortar en medio del día, las escarcelas de los buenos lugareños y reunirnos sin temor en los patios de los Milagros de la calle Saint-Denis, de la calle Damiette, de la calle Mortellerie y del barrio de San Marcelo. Ningun arquero se habria aventurado en las calles tortuosas que conducen á nuestras habitaciones! Pero hoy, se os prohíbe á vosotros los Bohemios, el llevar espada ó mosquete: van á vuestras casas á quitaros vuestras mugeres y vuestras hijas, y no se pasa una semana sin que las horcas de la plaza Dauphine y de la Croix-du-Trahoir, no reciban algunos de nuestros hijos! Que vá á ser de nosotros, Virgen Santa, con esto Señor de la Reynié?

—Callad vosotros y escuchadme.

—El segundo del gran Coërre! dijeron los mendijos en voz baja.

En efecto, el hombre que se presentó no era otro sino el segundo, ó teniente del soberano de la corte de los Milagros.

A una señal que les hizo, todos se refugiaron en un rincón del muelle Pelle-tier á fin de que nadie les incomodase: una vez allí, el segundo les dijo con misterio, distribuyendo á cada uno de ellos monedas de oro y de plata:

—No os alejéis del lugar de la ejecucion porque el negocio será sangriento. Es preciso que nos vengamos del teniente general de policía, matando sus arqueros y salvando á la marquesa de Brinvilliers.

—Ah! en cuanto á eso, contáis con algo para llevarlo al cabo? preguntó machicosamente uno de los bohemios.

Sin hacer caso de tal interpelacion, el segundo en gefe continuó:

—Todos los mendigos del barrio de San Salvador están prevenidos y ántes de una hora estarán en la plaza de Grève con sus armas.

—Pero, y las órdenes de M. de la Reynié? dijo la vieja.

—Sabremos burlarlas. Además, qué es lo que queremos? reconquistar nuestros derechos y dar la libertad á nuestros hijos: así pues, cuento con vosotros?

—Sí, sí, repitieron todos los mendigos: no queremos ver mas á M. de la Reynié ni á sus arqueros!

—Pues bien, á las seis, en el rincón de la calle de Mouton: allá os diré lo que será preciso hacer.

Y se dirigió hácia el puente de Nuestra Señora.

—Es igual, dijo el mendigo interruptor; la marquesa de Brinvilliers puede vanagloriarse de tener un famoso defensor en ese italiano.

Salieron, dirijiéndose á la plaza de Grève: unos cojeando y pidiendo limosna, otros robando con suma maestría las bolsas que, según costumbre, se llevaban pendientes de la cintura.

En aquella especie de solemnidades, los estudiantes y calaveras se hacian notables por sus farsas para con los lugareños y las observaciones que hacian en voz alta criticando los arrestos de la autoridad.

—Saben ustedes, Señores, decía á una multitud de estudiantes uno de aquellos calaveras, montado sobre la cruz de que ya hemos hablado y en la que estaba á caballo apesar de las severas demostraciones de algunos devotos del barrio: saben ustedes, que me parece demasiado audaz el parlamento con haber aprisionado en un pais extranjero, en un convento, (remarcad esto bien) á una muger cuyo crimen no está probado. Se me objetará, lo sé, el envenenamiento de su padre, la confesion escrita por ella y encontrada en Liége por el escento Desgrais, pero yo os diré, que en una época en que los envenenamientos son tan frecuentes, bien se puede condenar á un inocente por un culpable. Vosotros lo sabéis, señores, la justicia hace muy á menudo cosas semejantes. Quién puede asegurar, agregó con énfasis y moviendo sus piernas cual la péndula de un reloj, quién puede asegurar que un enemigo de M. de Aubray no sea el que se ha vengado de él haciéndole envenenar por medio de ese miserable de Lachaussée? ¿Quién puede asegurar que la confesion que se atribuye á la marquesa es en realidad de ella?

Uno de sus compañeros iba á tomar la palabra, cuando el mismo escolar le interrumpió diciendo en el mismo tono y dando un puntapié al sombrero de tres picos de un mercader de fierros:

—Sé, además, lo que en oposicion podeis decirme, pero lo que os es imposible destruir, son los buenos antecedentes de la acusada. Las religiosas, sus compañeras, á causa de la piedad profunda, ¿no la llamaban Sor Margarita la santa?

La santa, lo oís? Y esa muger, señores, arrestada por medio de una intriga, es á la que el parlamento ha condenado al último suplicio.

Se limpió la frente—porque hacia un calor terrible—y se quedó mirando la multitud con aire satisfecho.

—Bravo, bravo! Blondel, gritaron sus camaradas: mereces por tus alegatos elevarte mas alto de lo que hoy estás sobre esa cruz.

—Señores, dejémonos de chanzas, replicó Blondel afectando una gravedad ridícula: tengo que hablaros de la defensa de maestro Nivelle, el abogado de la acusada.

Y al decir estas palabras, de un segundo puntapié quita el sombrero y la peluca á un viejo platero que se paseaba con su hija. Sin poner atención á aquel desastre y á las imprecaciones del viejo, continuó:

—Convendréis conmigo, señores, en que la acusada ha sido muy mal defendida. No quiero decir que al defensor le falte talento, su *Factum* es un trabajo digno de nuestros mas hábiles jurisperitos. Pero, ¿encontráis una cosa mas simple (dispensad la palabra) que su defensa? Me parece que no debió citar á San Basilio y San Ambrosio, ni la Biblia, ni los concilios para decir que la confesion no puede ser una prueba en justicia: no tenia mas que probar simplemente que el billete encontrado en la caja no era de la acusada: entonces....

Por desgracia para el orador, sus piernas tocaron, no una peluca ó un sombrero, sino las espaldas de un arquero del prevostazgo. El soldado, opco satisfecho con el insulto, se volteó y dió á Blondel un fuerte golpe. Los estudiantes, que vieron eso, saltaron sobre el arquero para vengar á su camarada; los hombres honrados tomaron parte en favor del prevostazgo, y comenzó una encarnizada refriega. Una patrulla pasaba por allí, por fortuna, con el fusil al brazo: al verla los estudiantes se pusieron en fuga, y el pobre Blondel, subido en la cruz, fué el único arrestado y conducido á la prision.

En el otro lado, es decir, cerca de las casas que formaban la esquina del muelle Pelletier y la plaza de Grève, pasaba una escena de otra clase. Se apiñaba la turba al rededor de una muger como de cuarenta años de edad, que escitaba la compasion en los unos y el disgusto en los otros.

Era la camarista de la acusada.

Hablaba con facilidad y contaba á las comadres del mercado de Champeaux, la vida de la marquesa en su prision.

—Oh! si vdes. supieran, les decia, cuánto ha sufrido mi pobre señora!

—Contádnoslo, repitieron por varias veces las roncadas y envinadas voces que con facilidad se conocia eran de las mugeres del mercado.

—Como no me he despegado de ella un instante, voy á deciros todo lo que ha pasado desde que M. Edme Pirot, doctor de Sorbonne vino para prepararla á morir (1). Es un hombre bien digno el Sr. Pirot: á menudo nos ha dicho á mí y á los guardianes, que hubiera querido dar su vida por salvarla.

(1) Los curiosos detalles que siguen, y que no se encontraban impresos en ninguna parte, son de la mayor exactitud. Haciendo indagaciones para asegurarnos de la veracidad de nuestro viajero, encontramos en la biblioteca de la calle de Richelieu, en un manuscrito en folio, intitulado: *Ultimos momentos de la marquesa de Brinvilliers*, por el Dr. Edme Pirot, una narracion de todas las circunstancias extraordinarias consignadas en su relacion. Publicamos al fin un resumen de esta interesante obra.

—Es bien bueno entónces vuestro M. Pirot, interrumpió refunfuñando una gorda tablajera de la ciudad.

—No tengo necesidad de deciros, continuó la camarista, que mi señora está alojada en la conserjería de palacio, en la *torre de Montgomery*. Su aposento habia servido otras veces de prision á un poeta llamado Teófilo, y en sus paredes aun se ven versos escritos por la mano de aquel desgraciado. Cuando mi señora, despues de la defensa del maestro Nivelle, entró al aposento, parecia haber perdido toda esperanza. Pero, sea por fatiga, sea por abatimiento, se durmió y no despertó sino al otro dia en la mañana al ruido de los pasos de M. Pirot y de un sacerdote. Al ver esos dos personajes conoció de lo que se trataba; pero su valor no le abandonó y se presentó á aquellos santos hombres tranquila y serena. El confesor la llevó hácia un lado, y se pusieron ambos á orar durante muchas horas. Despues de un largo silencio oímos distintamente á M. Pirot que decia á la marquesa:

—No os creo culpable, señora; sin embargo, me es preciso saber la verdad de vuestra boca: hacedme vuestra confesion.

Pero, padre mio,—preguntó ella con dulzura—me serán perdonados mis pecados?

A una señal de cabeza de su confesor, ella continuó:

—¿Y podré, entónces, recibir el viático?

—No, señora,—replicó gravemente el doctor:—si estais condenada (lo que aun ignoro) la comunión os está vedada: recordad que otros en otras veces, los acusados, no podian ni confesarse ni recibir la absolucion.

—¿Cómo!.....

—Pero no os asustéis,—replicó,—si el parlamento os declara inocente.....

—¡Inocente! oh, padre mio, no lo espero.

Entónces la vimos llorar y arrodillarse con una gran devocion: despues habló tan bajo, que no pudimos oír la mas mínima palabra de su conferencia con el confesor. Esa conferencia duró hasta muy entrada la noche. El doctor Pirot se retiró dándole alguna esperanza, y volvió al otro dia á las seis de la mañana, seguido de un médico de la conserjería que venia en busca de mi ama para llevarla á la *cámara del tormento*.

El tormento es una cosa horrorosa. Preciso es que haya hombres bien crueles para ordenarlo á sangre fria. La marquesa lo sufrió con un valor extraordinario. Todos sus miembros fueron dislocados, le rompieron los huesos, le magullaron los piés con dos maderos y le pusieron unos instrumentos de fierro ardiente sobre sus carnes. Al entrar en su aposento pálida, dolorida, desfigurada, con voz moribunda, dijo á su confesor:

—Padre mio, mirad una tortura que ha sido bien larga, bien horrible. Pero mi vida toca á su fin, ¿no es verdad? Preparadme, pues, á comparecer ante el tribunal de Dios.

Quise aprocsimarme á ella, pero distinguí al verdugo.... Iba andando gravemente seguido de sus sirvientes, y parándose delante de mi señora, con voz grave la dijo:

—Seguidme, señora.

A pesar de su debilidad, ella se arrastró hasta la capilla: el doctor Pirot entonó el *Veni Creator* y la dió la absolucion. Terminada esta ceremonia, madama de Brinvilliers fué conducida á la sala llamada de los acusados.

—Oh! entónces no pude contener mis lágrimas al oír la lectura del arresto, viendo á mi pobre señora revestida con una camisa embarrada de azufre. El verdugo y sus sirvientes la pusieron descálza, le ligaron los brazos con fuertes cuerdas, y despues de ponerle una antorcha encendida en la mano, la hicieron subir en un carro sucio.... Ese triste tren se dirigió á la plaza de Nuestra Señora, atravesando lentamente por entre un populacho inmenso y furioso, listo á precipitarse á cada momento sobre la acusada. Apenas hubo llegado al atrio, me acerqué al carro y oí á M. Pirot que decia á mi señora:

—Aquí es, señora, donde debe hacerse la retractacion pública.

Mi señora creo no comprendió lo que se le dijo, porque su confesor añadió:

—Esta ceremonia consiste en hacer, arrodillada en esta plaza, la confesion pública de vuestros crímenes y pedir perdon á Dios.

Los soldados hicieron retirar á la multitud y formaron valla. La acusada, colocada entre los representantes de la justicia divina y los de la justicia humana,—entre el sacerdote y el verdugo—se encaminó hácia Nuestra Señora. Las espaciosas puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par: el día, sombrío de por sí, apenas alumbraba aquella dolorosa escena: al fondo del santuario se veían largas cortinas negras y los cirios ardiendo. Los clérigos todos, sentados en el coro, salmodiaban con voz grave y severa las oraciones de los muertos; despues se oían los cánticos de esperanza mezclarse á aquel concierto siniestro y todo volvía á quedar silencioso y en calma. Mi señora, arrodillada en los escalones de la portada, escuchó su sentencia de muerte sin hacer el mas mínimo movimiento, sin arrojar un solo suspiro, y con voz débil y entrecortada, dijo:

“Reconozco que con maldad y por venganza, envenené á mi padre y á mis dos hermanos por poseer sus bienes, de lo que pido perdon á Dios, al rey y á la justicia.”

Subió de nuevo al carro, y éste se dirigió hácia la plaza de Grève, mientras que el célebre pintor Lebrun, colocado cerca del hospital principal, dibujaba el pálido rostro de mi pobre señora (1).

Enternecidas las comadres, empezaban á hacer sus comentarios de costumbre, cuando un hombre, envuelto en una larga capa (el que conocemos ya como

(1) Dicho dibujo se encuentra aún hoy en el museo del Louvre. Está colocado en el gran salon de dibujos, arriba del croquis de Francisco I, el Gordo: se halla inscrito en el libro bajo el número 1.101. (Escuela francesa.)

Quise aprocsimarme á ella, pero distinguí al verdugo.... Iba andando gravemente seguido de sus sirvientes, y parándose delante de mi señora, con voz grave la dijo:

—Seguidme, señora.

A pesar de su debilidad, ella se arrastró hasta la capilla: el doctor Pirot entonó el *Veni Creator* y la dió la absolucion. Terminada esta ceremonia, madama de Brinvilliers fué conducida á la sala llamada de los acusados.

—Oh! entónces no pude contener mis lágrimas al oír la lectura del arresto, viendo á mi pobre señora revestida con una camisa embarrada de azufre. El verdugo y sus sirvientes la pusieron descálza, le ligaron los brazos con fuertes cuerdas, y despues de ponerle una antorcha encendida en la mano, la hicieron subir en un carro sucio.... Ese triste tren se dirigió á la plaza de Nuestra Señora, atravesando lentamente por entre un populacho inmenso y furioso, listo á precipitarse á cada momento sobre la acusada. Apenas hubo llegado al atrio, me acerqué al carro y oí á M. Pirot que decia á mi señora:



—Aquí es, señora, donde debe hacerse la retractacion pública.

Mi señora creo no comprendió lo que se le dijo, porque su confesor añadió:

—Esta ceremonia consiste en hacer, arrodillada en esta plaza, la confesion pública de vuestros crímenes y pedir perdon á Dios.

Los soldados hicieron retirar á la multitud y formaron valla. La acusada, colocada entre los representantes de la justicia divina y los de la justicia humana,—entre el sacerdote y el verdugo—se encaminó hácia Nuestra Señora. Las espaciosas puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par: el día, sombrío de por sí, apenas alumbraba aquella dolorosa escena: al fondo del santuario se veían largas cortinas negras y los cirios ardiendo. Los clérigos todos, sentados en el coro, salmodiaban con voz grave y severa las oraciones de los muertos; despues se oían los cánticos de esperanza mezclarse á aquel concierto siniestro y todo volvía á quedar silencioso y en calma. Mi señora, arrodillada en los escalones de la portada, escuchó su sentencia de muerte sin hacer el mas mínimo movimiento, sin arrojar un solo suspiro, y con voz débil y entrecortada, dijo:

“Reconozco que con maldad y por venganza, envenené á mi padre y á mis dos hermanos por poseer sus bienes, de lo que pido perdon á Dios, al rey y á la justicia.”

Subió de nuevo al carro, y éste se dirigió hácia la plaza de Grève, mientras que el célebre pintor Lebrun, colocado cerca del hospital principal, dibujaba el pálido rostro de mi pobre señora (1).

Enternecidas las comadres, empezaban á hacer sus comentarios de costumbre, cuando un hombre, envuelto en una larga capa (el que conocemos ya como

(1) Dicho dibujo se encuentra aún hoy en el museo del Louvre. Está colocado en el gran salon de dibujos, arriba del croquis de Francisco I, el Gordo: se halla inscrito en el libro bajo el número 1.101. (Escuela francesa.)

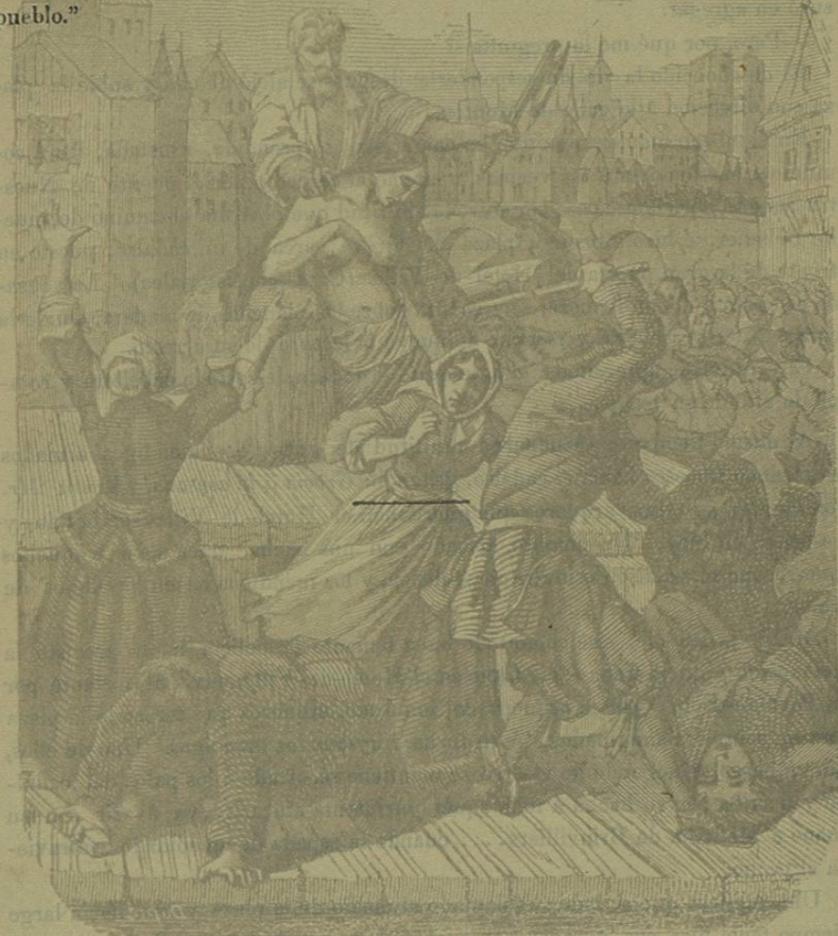
CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

segundo de Coërre) se aproximó á la camarista, la asió de un brazo y llevándola á un lado, le dijo en voz baja con un ligero acento italiano: —No ha hablado nunca Madama de Brinvilliers en su prision, de un llamado Sainte-Croix? El tono imperioso á la par que suplicante con que aquellas palabras fueron pronunciadas, hicieron impresion á aquella muger, y le respondió atemorizada: —Sí señor, muy á menudo. Despues, reflexionando las consecuencias de lo que acababa de decir, se apresuró en agregar: —Pero, por qué me lo preguntais? El desconocido la vió sin responderle: despues se alejó de ella y subió la plaza con direccion á la calle de Mouton. En el mismo momento en que la camarista, sorprendida, asustada, iba á comunicar sus temores á las vecinas, apareció el carreton por el puente de Nuestra Señora, abriéndose paso por entre la multitud que obstruía el camino del muelle Pelletier, é hizo alto en la plaza de Grève cerca de un cadalso, puesto en frente de la gran puerta del Hotel-de-Ville. (Casas consistoriales). La acusada se subió á él con firmeza, se arrodilló sobre las planchas de madera, dando la cara á Nuestra Señora, y escuchó de nuevo la lectura de su arresto. El verdugo se aproximó á ella, le quitó el tocado, le cortó la cabellera y rompió lo alto de su traje. . . . Al mismo tiempo se escucharon multitud de gritos: los mendigos armados avanzaban furiosos hácia el cadalso, gritando: *Gracia á la acusada! Muera Mr. de la Reynie!* Los arqueros que guardaban el Hotel-de-Ville son batidos y se ponen en fuga. Un hombre, armado con una hacha, ataca solo á aquellos que rodean el cadalso: la multitud se disipa, y los mendigos hacen prodigios de valor. Mr. de la Reynie, que como todo buen teniente de policía, habia previsto la conmocion y la esperaba á pié firme en el Hotel-de-Ville, envia al instante por la Port-au-Foin y por la arquería de San Juan, arqueros que cercandó la plaza tiraron sobre los amotinados. A su turno, huyeron los mendigos. Uno de ellos, sin embargo, el segundo de Coërre, se mantiene recostado á los palos del cadalso y derriba con su hacha á todo aquel que intenta atacarle: va á asir con su mano á Madama de Brinvilliers. . . . cuando la espada de un soldado le atraviesa el pecho. Una religiosa que se habia adelantado al medio de la plaza y que hacia largo tiempo tenia fijas sus miradas sobre el cadalso, recibió en sus brazos á aquel hombre. —Paolo Exilil—esclama ella con emocion consemplando su rostro. —Sor María!—dice éste reuniendo todas sus fuerzas.—He querido vengar á mi hermano, y salvar de la infamia el nombre de la hermana de mi bienhecho- ra: yo. . . .

segundo de Coërre), se aproximó á la camarista, la asió de un brazo y llevándola á un lado, le dijo en voz baja con un ligero acento italiano: —No ha hablado nunca Madama de Brinvilliers en su prision, de un llamado Sainte-Croix? El tono imperioso á la par que suplicante con que aquellas palabras fueron pronunciadas, hicieron impresion á aquella muger, y le respondió atemorizada: —Sí señor, muy á menudo. Despues, reflexionando las consecuencias de lo que acababa de decir, se apresuró en agregar: —Pero, por qué me lo preguntais? El desconocido la vió sin responderle: despues se alejó de ella y subió la plaza con direccion á la calle de Mouton. En el mismo momento en que la camarista, sorprendida, asustada, iba á comunicar sus temores á las vecinas, apareció el carreton por el puente de Nuestra Señora, abriéndose paso por entre la multitud que obstruía el camino del muelle Pelletier, é hizo alto en la plaza de Grève cerca de un cadalso, puesto en frente de la gran puerta del Hotel-de-Ville. (Casas consistoriales). La acusada se subió á él con firmeza, se arrodilló sobre las planchas de madera, dando la cara á Nuestra Señora, y escuchó de nuevo la lectura de su arresto. El verdugo se aproximó á ella, le quitó el tocado, le cortó la cabellera y rompió lo alto de su traje. . . . Al mismo tiempo se escucharon multitud de gritos: los mendigos armados avanzaban furiosos hácia el cadalso, gritando: *Gracia á la acusada! Muera Mr. de la Reynie!* Los arqueros que guardaban el Hotel-de-Ville son batidos y se ponen en fuga. Un hombre, armado con una hacha, ataca solo á aquellos que rodean el cadalso: la multitud se disipa, y los mendigos hacen prodigios de valor. Mr. de la Reynie, que como todo buen teniente de policía, habia previsto la conmocion y la esperaba á pié firme en el Hotel-de-Ville, envia al instante por la Port-au-Foin y por la arquería de San Juan, arqueros que cercandó la plaza tiraron sobre los amotinados. A su turno, huyeron los mendigos. Uno de ellos, sin embargo, el segundo de Coërre, se mantiene recostado á los palos del cadalso y derriba con su hacha á todo aquel que intenta atacarle: va á asir con su mano á Madama de Brinvilliers. . . . cuando la espada de un soldado le atraviesa el pecho. Una religiosa que se habia adelantado al medio de la plaza y que hacia largo tiempo tenia fijas sus miradas sobre el cadalso, recibió en sus brazos á aquel hombre. —Paolo Exilil—esclama ella con emocion consemplando su rostro. —Sor María!—dice éste reuniendo todas sus fuerzas.—He querido vengar á mi hermano, y salvar de la infamia el nombre de la hermana de mi bienhecho- ra: yo. . . .

No pudo concluir, dió el último suspiro.
 —Hágase la voluntad de Dios!—dijo la religiosa con fervor. Al mismo tiempo resonó cerca de ella un sordo ruido. Levantó los ojos, y vió una cabeza ensangrentada arrancada del tronco del cuerpo, el cual el verdugo arrojaba al medio de las llamas de una hoguera.
 Dió un grito y perdió el sentido.
 “Al otro día, (dice Madama de Sevigné) la marquesa de Brinvilliers fué mirada como una santa, y sus cenizas fueron recojidas religiosamente por el “pueblo.”



—¡Cielos!—exclamó ella con emoción conmoviendo su rostro.
 —¡Por María!—dijo este remitiendo todas sus fuerzas.—¡Lo querido vengar a mi hermano y salvar de la infamia el nombre de la hermana de mi bienhecho!

CAPILLA ALFONSINA
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. A. N. L.

No pudo concluir, dió el último suspiro.
 —Hágase la voluntad de Dios!—dijo la religiosa con fervor. Al mismo tiempo resonó cerca de ella un sordo ruido. Levantó los ojos, y vió una cabeza ensangrentada arrancada del tronco del cuerpo, el cual el verdugo arrojaba al medio de las llamas de una hoguera.
 Dió un grito y perdió el sentido.
 “Al otro día, (dice Madama de Sevigné) la marquesa de Brinvilliers fué mirada como una santa, y sus cenizas fueron recojidas religiosamente por el “pueblo.”

